

unirás á Belfegor, y comerás las ofrendas de los muertos.

Después de esta consoladora sentencia, ambos se separaron.

CAPITULO VIII.

EL VIENTO DE ORIENTE.

Cuando Hipatia salió al día siguiente en todo el brillo de su gloria, con una comitiva de filósofos y filosofastros, de estudiantes y caballeros, que llenos de respetuosa admiración la seguían hacia el sitio donde esplicaba, un andrajoso mendigo, acompañado de un perrazo de mala catadura, se plantó delante de ella, y extendiendo su puerca mano, le pidió una limosna.

Hipatia, cuyo refinado gusto no podía sufrir la vista, y mucho menos el contacto, de ningún objeto escualido ni degradado, se retiró un poco y dijo á su esclavo que la librase de aquel hombre dándole una moneda. Sin embargo, muchos de los jóvenes se consideraban iniciados en el noble arte de dar matracas,

arte en boga á la sazón en las universidades de Africa, y al cual debemos estar agradecidos, pues que llevó á San Agustín de Cartago á Roma; y cumpliendo con la moda usual de atormentar á la primera sencilla criatura que encontraran, por medio de burlas é insultos, empezaron una serie de chistes personales que el mendigo soportó con estoica resignación. Fuéle alargada la moneda; pero, desviando suavemente la mano del esclavo, permaneció sin moverse y resuelto, al parecer, á impedir que Hipatia prosiguiese su camino.

—¿Qué quieres? ¡Alejad de aquí, señores, á este miserable y á su espantoso perro! dijo la pobre filósofa algo asustada.

—Yo conozco este perro, dijo uno de la comitiva; es de Aben-Ezra. ¿Dónde le has hallado, pícaro, antes de que se perdiese?

—Donde tu madre te encontró á tí, en el mercado de esclavos. Hermosa Sibila, ¿te has olvidado de tu más humilde discípulo, como estos jóvenes que están tratando ya de enseñar á su maestro en el noble arte de burlarse de la gente?

Y el mendigo, levantando su ancho sombrero de paja, dejó ver las facciones de Rafael Aben-Ezra. Hipatia retrocedió con un grito de sorpresa.

—¡Ah! estás atónita. ¡De qué, por favor?

—De verte así.

—¿Por qué? ¿No nos has estado predicando largo tiempo la gloria que resulta de abstraerse de todo lo que alhaga los sentidos? Hace formar muy mala idea del aprecio en que tienes á tus discípulos y del valor que das á tu elocuencia, el que de tal modo te consterne porque uno de ellos te ha obedecido al fin.

—¿Qué significa ese disfraz? preguntó Hipatia y una docena de voces juntamente con la suya.

—Voy á Italia, como otro Diógenes, en busca de un hombre. Cuando le encuentre, experimentaré sumo placer en volver á participarte tan sorprendente noticia. ¡Adios! Deseaba contemplar otra vez cierto semblante, aunque me he transformado, como ves, en cínicó; y de hoy en adelante no pienso tener mas maestro que mi perra, la cual, afortunadamente, no se hace pagar la

instruccion que proporeiona, de otro modo, permanecería ignorante, pues mi riqueza patrimonial voló ayer por la mañana. Sin duda sabes el plebiscito contra los judíos, que ha sido llevado á cabo bajo los auspicios de cierto tribuno del pueblo.

—¿Eso es infame!

—Y peligroso, querida Hipatia; porque el buen éxito es contagioso.... y la casa de Teon puede ser saqueada con la misma facilidad que lo ha sido el barrio de los judíos.

—Vamos, vamos, Aben-Ezra, exclamaron los jóvenes; eres demasiado buen compañero para resignarnos á perderte. Haremos una suscripcion en beneficio tuyo, ¿eh? y vivirás un mes con cada uno de nosotros. ¿Cómo nos vamos á divertir sin tí?

—Gracias, amigos; pero habeis sido demasiado tiempo juguetes míos, para que pueda reducirme á serlo vuestro. Señora, dignate oirme una palabra antes de marchar.

Hipatia se inclinó hácia adelante, y valiéndose de la lengua ciríaca, le dijo apresuradamente y en voz baja:

—¡Quédate, te lo suplico! Eres el

mas sabio de mis discípulos.... quizá mi único verdadero discípulo.... Mi padre hallará donde ocultarte de la persecucion de esos miserables; y si necesitas dinero, acuérdate de que es tu deudor.... No te hemos devuelto aún el dinero que....

—Hermosa Musa, aquel dinero fué la paga de mi entrada en el Parnaso. Yo sé que estoy en deuda contigo; y he traído para tí mis ahorros en la forma de esta sortija de ópalo. En cuanto á admitir un asilo cerca de tí, prosiguió bajando mas la voz, y hablando como ella en siriaco, Hipatia la pagana es demasiado amable para la paz del alma de Rafael el judío. Dicho esto, se quitó del dedo la sortija de Miriam y se la presentó.

—Imposible! dijo Hipatia poniéndose de color de escarlata, no puedo aceptarla.

—Te lo ruego. Es la última carga terrestre que me queda, si se exceptúa esta prision de carne y hueso, en la que mi puñal abrirá una salida si llega á ser imposible soportarla mas tiempo. Pero no es mi ánimo dejar mi concha si de mí depende, sino cuando y como

me acomode; y no habiendo duda de que, si llevo conmigo esta sortija, alguno de los circunceliones de Heracliano me romperá la cabeza para obtenerla, por eso te suplico la aceptes.

—Jamás! ¿Por qué no la vendes y buscas un asilo al lado de Sinesio? El te lo concederá.

—Asilo, convengo; pero no descanso. Seria como levantar mi tienda en el cráter de Etna; porque se empeñaria dia y noche en persuadirme á que aceptase ese ecléctico farrago, que ha dado en llamar cristianismo filosófico. En suma, si no quieres la sortija, pronto voy á disponer de ella. Nosotros los orientales sabemos ser espléndidos y vanos, como cumple á los señores del mundo.

Pronunciadas éstas palabras, se volvió á la turba de filósofos:

—Oídme, jóvenes de Alejandría. ¿Hay alguno entre vosotros que desee pagar sus deudas de una sola vez?... Ved el arco-iris de Salomon, un ópalo como nunca lo ha visto hasta ahora Alejandría, que bastaria para comprar á cualquiera de vosotros, juntamente con su papá, mamá y hermanos macedonios, sus caballos, sus loros, sus pavos reales, por

doble de su precio en cualquier mercado de esclavos del mundo. El que desee poseer una joya del valor de diez mil monedas de oro, necesitará solo cogérle de la zanja en que voy á arrojarla. ¡Jóvenes Fedrias y Pamfili, saltad á ver si la atrapais! No faltarán Lais y Tais que os ayuden á gastarla.

Y levantando en alto la joya, iba á lanzarla á la calle, cuando le detuvieron el brazo por detras y se la arrancaron de la mano. Volviose bastante irritado, y vió á su espalda á la vieja Miriam, en cuyos ojos se pintaban la furia y el desprecio.

Bran se abalanzó al cuello de la anciana en un instante; pero el brillo de la mirada de Miriam la obligó á retroceder. Rafael llamó á la perra, y dirigiéndose tranquilamente á los burlados espectadores, dijo:

—Paciencia, mis desafortunados amigos. Habreis de reunir dinero por vosotros mismos: ¡cómo ha de ser! Sin embargo, desde la partida de mi nacion, esto ofrece mas dificultad que nunca. Los supremos destinos, á quienes, como lo conoceis perfectamente cuando os achispais, ni aun los filósofos pueden resistir, han devuelto el arco-iris de Sa-

lomon á su primitivo dueño. Adios, reina de la filosofía. Cuando encuentre al hombre en cuya busca voy, te avisaré. Madre, te acompaño para oír de tu boca una palabra amistosa antes de separarnos; si bien, prosiguió riéndose al alejarse de allí juntos, has obrado mal en privar á uno de nuestra nacion del esquisito placer de ver á esos perros paganos saltar dentro de la zanja por un efecto de su generosidad.

Hipatia prosiguió caminando hácia el Museo, sumamente turbada por tan extraño encuentro, y por el fin aun mas extraño que habia tenido. Cuidó, sin embargo, de no dejar traslucir ninguna señal exterior de su profundo interés hasta verse sola en su pequeño gabinete, unido al salon de lecciones; y allí, arrojándose en una silla, se puso á pensar, sintiendo por último, con no poca sorpresa y disgusto, resbalar las lágrimas por sus megillas. Con todo, en su seno no se abrigaba la menor chispa de afecto hácia Rafael; y si hubo alguna vez peligro de ello, el astuto judío se encargó de hacerlo desaparecer con el chancero y privado tono que empleaba siempre que veia apuntar un sentimien-

to profundo en sí mismo ó en los demas. En cuanto á los cumplimientos con que celebraba la belleza de Hipatia, ésta, como demasiado acostumbrada á tales demostraciones, los recibia con indiferencia. Pero conocia, segun acabamos de oírsele decir, que habia perdido quizá su único verdadero discípulo; mas aún. . . . tal vez su verdadero maestro. Porque veia con bastante claridad que, bajo aquella máscara de Sileno, estaba oculta una naturaleza capaz de. . . más quisá de lo que ella se atrevia á imaginar. Siempre le habia encontrado superior á ella en habilidad práctica; y aquella mañana se habia convencido de lo que recelaba hacia tiempo, á saber: que también la dejaba atrás en ese ardor moral, en esa fuerza de voluntad que buscaba inútilmente en los enervados griegos que componian su círculo. Hasta en aquellas materias en que Rafael se declaraba su discípulo, Hipatia se habia recreado alternativamente en descubrir que él era el único de su escuela que parecia comprender á fondo y como por instinto todas sus palabras; y la hacian temblar la desagradable sospecha de que Rafael estuviese meramente

jugando con ella, con sus matemáticas y geometría, con su metafísica y su dialéctica, como un maestro de esgrima que se ejercitase tirando el florete y reservase su verdadera fuerza para algun objeto mas digno de él. Muchas veces una paradoja ó una pregunta del judío habian hecho vacilar sus mas hermosos sistemas y abierto horribles abismos de duda hasta en las verdades mas palpables, al parecer; ó alguna semiburlesca alusion á aquellas Escrituras hebreas, en las cuales él no habia querido nunca confesar hasta dónde y cómo creia, la hizo indignarse imaginando que Rafael se consideraba en posesion de un fondo reservado de ciencia, mas profunda y segura que la suya, que no queria partir con ella.

A pesar de todo, Hipatia se sentia irresistiblemente atraida hácia el judío. El lujo constante y deliberado de éste, que á ella le asustaba, era para Abenezra, segun solia repetir con jactancia, á modo de un vestido que se pondria y quitaria á voluntad; y justamente acababa de probar que sus palabras no carecian de fundamento, presentándose como un digno rival de grandes filóso-

fos estóicos de otro tiempo. ¿Hubiera podido hacer mas el mismo Zenon? Por otra parte, Rafael le habia sido muy útil prácticamente. El, de motu proprio, resolvía sus problemas matemáticos; buscaba autoridades, mantenía en orden á los discípulos con la acritud de sus palabras, y proporcionaba otros nuevos con las gracias de su ingenio, con sus argumentos; y por último, con el no menos poderoso atractivo de su incomparable cocinero y de su bodega. Sobre todo, hacia en favor de Hipatia las veces de un terrible y valiente perro, que la defendía contra las bandas de groseros y á menudo brutales sofistas, restos de los antiguos Cínicos, Estóicos, y contra las escuelas académicas que, con veneno creciente, segun costumbre de los partidos, en su decrepitud atacaban el hermoso castillo de naipes del Neoplatonismo, como una estéril amalgama de todos los sistemas de filosofía griega, con todas las supersticiones orientales. Estos Filisteos habian temido la pluma y la lengua de Rafael mas aún que las del caballeresco obispo de Cirene, y eso que éste, á juzgar por alguna de sus cartas, los aborrecía tanto co-

mo era capaz de aborrecer á criaturas humanas; es decir, no con mucha acrimonia.

Pero las visitas de Sinisio eran pocas y muy de vez en cuando; la distancia entre Cartago y Alejandria, el trabajo de su diócesis, y mas que todo, la creciente diferencia de miras entre él y su hermosa maestra, disminuían el precio de su proteccion. Y ahora faltaba tambien Aben-Ezra, y con él mil planes y esperanzas. ¡Cuán á menudo habia soñado Hipatia con que le convertiría al cabo á la fé filosófica en los antiguos dioses, y le haría su instrumento para detener la corriente del humano error!... ¿Quién ocuparía su puesto? ¿Plutarco de Atenas? Era demasiado viejo. ¿Siriano? Un mero lógico, que violentaba el texto de Aristóteles, obligándole á decir lo que ella sabia y él debiera haber sabido, que Aristóteles nunca pensó. ¿Su padre? Un hombre para quien todo se reducía á triángulos y secciones cónicas.

¡Cuán necios le parecían todos al lado del insondable judío!... Arañas de lindas telas... Pero ¿las moscas se dejarían coger en ellas? Constructores de hermosas casas... ¡Si á lo menos el pue-

blo quisiese entrar y vivir en ellas! ¡Predicadores de selecta moralidad... que sus discipulos no practicaban! Sin ella, segura estaba de que la filosofía debía morir en la ciudad de Alejandría. ¿Y era su saber... ú otros encantos mas mundanos... los que le daban el necesario influjo para mantenerla viva? ¡Triste pensamiento! ¡Oh! ¡Pluguiera al cielo fuese fea, tan solo para evidenciar el poder de sus doctrinas!...

¡No! La contienda era ya bastante temible. Hipatia hubiera aceptado con júbilo cualquier auxilio, aunque terrestre y carnal. Pero, ¿habia alguna esperanza de éxito? Lo que necesitaba era hombres que obrasen mientras ella se detenía á pensar; y esos justamente no los encontraría en ninguna parte, escepto (bien lo sabia) en el clero cristiano, al cual odiaba. Así, el sacrificio de esta temible Ifigenia aparecía á lo lejos como inevitable, y la única esperanza de la filosofía estaba en su desesperacion.

.....
Hipatia enjugó sus lágrimas, entró con orgullo en el salon, y subió á la tribuna, semejante á una diosa, en medio

de los aplausos de su auditorio.....
¿Qué le importaban? ¿Harian aquellos individuos lo que ella les dijese? Estaba á la mitad de la leccion, y aun no habia podido recobrarse y lanzar de su mente el recuerdo de Rafael. En este punto principiarémos.

.....
“¡La verdad! ¿Dónde está la verdad, sino en la misma alma? Los hechos, los objetos no son mas que fantasmas, espectros materiales de esta noche terrena, á cuya vista el alma, que duerme aquí en el cieno de la materia, tiembla, y llama á sus temblores sentido y percepcion. Sin embargo, esos sueños en estado de vigilia, que denominamos vista y sonido, del mismo modo que los que tenemos cuando dormimos realmente, escitan en nosotros la idea de seres misteriosos é inmateriales, libres de las ligaduras del tiempo y del espacio: divinos mensajeros, á quienes Zeus, compadeciéndose de sus hijos, que gimen encerrados en esta prision de carne, mandó despertar en ellos el recuerdo de ese verdadero mundo de las almas, de donde proceden. Una vez realizado esto en el filósofo; viendo, al

traves del velo de los sentidos y de los hechos, la verdad espiritual, de la cual ellos no son mas que la vestidura momentánea empleada en ocultar aquello mismo que hacen palpable, puede muy bien despreciar el hecho por la doctrina, la cáscara por la pepita, el cuerpo por el alma, de la cual este no es mas que el símbolo y el vehículo. ¿Qué importa, pues, al filósofo que estos nombres de individuos, Hector ó Priamo, Elena ó Aquiles, representen personas ó mitos? ¿Qué importa que hablasen ó pensasen como el de Scios dice que lo hacian? ¿Qué importa, tampoco, que el mismo Homero haya tenido ó no una existencia terrestre? El libro está aquí; aquí está la palabra que los hombres llaman suya. A quien quiera que perteneciesen estos pensamientos en un principio, ahora son míos. Yo me los he apropiado, los he pensado, los he hecho parte de mi alma. Aun mas, fueron y serán siempre partes de mí misma; porque ellos, como lo fué el poeta, como lo soy yo, no son mas que una parte del alma universal. ¿Qué importa, pues, que la noche envuelva aquellos poderosos pensamientos de an-

tiguos profetas? Ocúpense otros en conciliar los fragmentos cíclicos, ó en vindicar el catálogo de las naves que fueron á Troya. ¿Qué ha perdido el filósofo aunque se pruebe que los primeros son contradictorios y que el último ha sido intercalado? Las ideas están allí y nos pertenecen. Abramos nuestros corazones para recibirlas, procedan de donde procedan. En los libros sucede como en los hombres, nuestras almas solo deben tener comercio con el alma; y el alma del libro es todo lo que en él se encuentra de hermoso, verdadero y noble. Nos es indiferente que el poeta haya obrado con entera conciencia de las intenciones que en él descubrimos; en todo caso, esas intenciones deben hallarse en sus versos, porque si no, ¿cómo las veriamos nosotros? Hay, tanto en el vulgo profano como entre los que llevan aun bajo el manto del filósofo un corazón tambien profano, personas que consideran estas interpretaciones meramente como juegos arbitrarios y sofisticos de la fantasia. A ellas toca manifestar el objeto que Homero se propuso, si son absurdas las intenciones espirituales que en él en-

contramos; decir al mundo por qué es admirable Homero, si en él no existe lo que, en nuestro dictámen, le recomienda á la admiracion de los hombres. ¿Dirán que el general lauro de que ha gozado durante tantos siglos ha sido inspirado por lo que parece ser su primera y literal intencion? Mas aún, ¿se atreverán á imputarle esta intencion literal? ¿Podrán suponer que la divina alma de Homero se degradase hasta escribir sobre festines actuales y físicos, sobre nupcias, danzas, robos nocturnos de caballos, fidelidad de perros y de porquerizos, enlaces entre dioses y hombres; ó que debe á estas vulgaridades el título de padre de la poesía, que le ha adjudicado el mas sabio de todos los siglos? ¡Miserable pensamiento, propio solo de la grosera y estúpida raza incapaz de apreciar sino lo que es palpable y está sujeto á la prueba de los sentidos! Sería como creer lo que nos dicen las Escrituras cristianas, cuando hablan de una divinidad que tiene manos y piés, ojos y oídos, que condesciende en prescribir modelos de muebles y de utensilios culinarios, y cuya perfeccion se consuma naciendo—¡re-

pugnante pensamiento!—de una doncella de aldea, y contaminándose con las miserias de los mas viles esclavos.

—¡Es falso! ¡Es una blasfemia! ¡Las Escrituras no pueden mentir! gritó una voz desde el extremo mas distante de la sala.

Era la de Filemon. Habia estado escuchando toda la leccion, ó mejor dicho, habia estado observando, fuera de sí, la belleza de Hipatia, la gracia de sus maneras, la melodia de su voz, y sobre todo, el laberinto de su retórica, que brillaba ante los ojos de su alma como una tela de araña resplandeciente con el rocío. Un mar de nuevos pensamientos y cuestiones, ya que no de dudas, se agolpó á cada sentencia sobre su agudo entendimiento griego, con tanta mayor fuerza, tanto mas irresistiblemente, cuanto que su facultad especulativa estaba aun del todo desierta y vacía, sin que la protegiese ningun cultivo científico contra el embate de las olas. Por la primera vez en su vida se halló frente á frente con las cuestiones cardinales de todo pensamiento: “¿Qué soy, y adónde voy?” “¿Qué es lo que puedo saber?” Y en la terrible lucha empeñada con